

LA HISTORIA MULTIMEDIA. LA TRANSFORMACIÓN DE LA MEMORIA EVENEMENCIAL

Raúl Magallón Rosa

Universidad Carlos III, Spain. E-mail: raul.magallon@uc3m.es

Recibido: 25 Junio 2008 / Revisado: 30 Julio 2008 / Aceptado: 8 Septiembre 2008 / Publicación Online: 15 Octubre 2008

Resumen: La transformación de la memoria, producida en parte por las nuevas tecnologías, no sólo supone una nueva forma de revisitación de la Historia, sino también la aparición de una concepción reversible del tiempo desde un punto de vista pasional y mediático.

Palabras Clave: *memory setting*, reversibilidad temporal, Historia Multimedia, retórica de lo táctil, acontecimiento.

INTRODUCCIÓN

El propósito de este artículo es analizar la transformación -generada por el desarrollo de las nuevas tecnologías- de la memoria y examinar su reordenación dentro de los acontecimientos históricos y mediáticos que configuran y jalonan las distintas imágenes colectivas e individuales de nuestras sociedades.

La memoria, en este sentido, se presenta como un relato individual y social pero también como una estructuración de la complejidad de las sociedades actuales que permite la exploración y predicción de acciones futuras¹. Uno de los objetivos de este *memory setting* es reorganizar no sólo nuestra relación con el pasado sino también establecer una presentificación del mismo en nuestra toma de decisiones.

Al respecto, es necesario recordar que la memoria tradicionalmente ha sido entendida como la capacidad de conservar determinadas informaciones (Le Goff, 1991: 131); sin embargo, la aparición de las nuevas tecnologías y en especial de Internet -con un almacenamiento casi ilimitado de datos, imágenes y sonidos- permite no sólo reescribir la Historia sino también nuestro relato vital cotidiano².

Desde esta perspectiva, las investigaciones actuales -en su carácter interdisciplinar- centran el estudio de la memoria en elementos como la reterritorialización de nuestro espacio físico y nuestro tiempo vital, las estrategias digitales de grabación y reproducción, la narrativización de la misma representada por los medios de comunicación o la identidad en su vertiente histórica.

Metodológicamente, en la actualidad, se distinguen cuatro tipos de memorias a largo plazo: la autobiográfica, la episódica o colectiva, la semántica y la procedimental (Maldonado, 2007: 122). Si bien podemos reconocer que nos hemos podido enriquecer en cuanto a la memoria autobiográfica³ o a la procedimental (principalmente ésta última) no ocurre lo mismo con la episódica y, sobre todo, con la semántica.

De este modo la escritura, entendida como registro de la memoria y como forma de paso de lo auditivo a lo visual, se transforma en una nueva forma de adquisición cognitiva de lo sensible, de lo táctil, de lo pasional.

En cualquier caso, el objetivo central -aunque no el único- de esta revolución mnemotécnica parece estar claro: tener un dominio atemporal de nuestra memoria es una nueva forma de enriquecimiento pero también un nuevo discurso de poder.

1. LA REPRESENTACIÓN AUDIOVISUAL E IDENTITARIA DE NUESTRA MEMORIA

Marshall McLuhan (1996) entendía las nuevas tecnologías como extensiones del ser humano, pero también advertía que éstas paralelamente amputaban o gangrenaban otras formas de sentir y pensar. De este modo, el *ser tecnológico*

establecía nuevas relaciones sociales pero también pasionales.

En este sentido, autores como Tomás Maldonado han señalado que los mecanismos del recuerdo y del olvido no son inmutables, y que la evolución de las técnicas de comunicación debe tenerse en cuenta para reconocer los principales factores de este cambio (Maldonado, 2007: 12).

En concreto, parece ser la memoria a corto plazo la que inicialmente ha variado de manera más significativa nuestra manera de recordar. Nuestros patrones de conducta sociotecnológicos hacen que nuestra capacidad de impresión quede reducida.

Entre otras razones, porque el aprendizaje memorístico que nutrió a las generaciones precedentes está siendo sustituido por un *aprender a aprender*; es decir, aprender a manejar los procesos de adquisición de conocimientos (memoria procedimental).

Del mismo modo, parece coherente pensar que la amputación tecnológica de la memoria supuso también un aumento de identidades virtuales y reales (culturales, religiosas, sociales...).

La relación entre identidad y memoria deviene en ese momento el paradigma de la modernidad, pudiendo afirmar incluso que la pérdida de ciertas formas de memoria -propias de la Sociedad de la Información-, suponía una pérdida de identidad, y con ello la proliferación de identidades múltiples. Es decir la *memory setting* empezó a determinar la *identity setting*.

2. DE LA MEMORY SETTING A LA IDENTITY SETTING

La grabación, y posterior almacenamiento, de nuestro relato vital gracias a las cámaras digitales y a los teléfonos móviles hace que también nuestra propia memoria autobiográfica deje de ser inmutable, pudiendo variar en función de las propias imágenes que visualicemos sobre nuestro pasado. Antes sólo teníamos imágenes de acontecimientos importantes de nuestra vida (cumpleaños, bautizos, comuniones, bodas...) pero en la actualidad nuestra vida puede ser reconstruida de manera más o menos fidedigna gracias a los vídeos grabados con el teléfono móvil, o a cualquier celebración recogida por una cámara digital.

Al mismo tiempo, la visibilidad de nuestras acciones ya no queda restringida a nuestro entorno social sino que cualquiera puede, a través de Internet, saber elementos de nuestra vida más privada. En este sentido, actos de juventud, imágenes familiares, encuentros sociales o simplemente grabaciones cotidianas de nuestra vida, pueden formar parte de una esfera no sólo pública sino también profesional⁴.

En cierta forma, la memoria multimedia al implosionar vuelve nuestra propia memoria reversible, en cuanto modifica nuestra manera de comprender el presente y de recordar el pasado. El tiempo de la comunicación ha dejado de ser lineal para ser un relato jalonado de continuos *flashbacks* y *flashforwards*.

Una de las explicaciones a este fenómeno lo encontramos en la democratización de nuestro *ego audiovisual*, que ha hecho que prefiramos ser vistos a ver. Si en el inicio de Internet éste se caracterizaba por el anonimato; en la actualidad, y tras la aparición de *Youtube*, cualquiera de nosotros puede poner a disposición del resto del mundo una grabación que consideraba digna de ser compartida con los demás.

Podemos señalar que, en cierto modo, esta revolución ha significado el inicio de la Historia Multimedia, y la transformación del punto de vista del espectador. Como señaló Derrida (2005), ya siempre habrá un testigo que guardará la prueba porque ya siempre habrá una cámara que grabe los hechos.

Desde ese momento, los acontecimientos mediáticos han de entenderse para siempre como monumentos electrónicos (Dayan; Katz, 1992).

3. LA DISCURSIVIZACIÓN DE LA MEMORIA

La lengua según Lotman (1999), semiólogo de la cultura y representante de la Escuela de Tartu, se define por ser el código de la misma más su historia. Desde esta perspectiva, el código tecnológico -en la medida en que nos orientaba hacia un modelo ideal lenguaje artificial- se establecía como una "estructura sin memoria" que garantizaba a través de la información un alto grado identidad.

Sin embargo, y tras las transformaciones mnemotécnicas descritas, tanto la memoria como el lenguaje, entendidos ambos como reconstrucciones generativas, han pasado a formar parte del sistema dinámico de nuestras sociedades, y permiten pensar que la reversibilidad temporal ya no puede ser definida como determinista.

El discurso de la memoria, principalmente de la colectiva, se establece así como forma de consenso y jerarquización de valores. Señalemos entonces que recordar también depende del acto de narrar algo a los demás, y a nosotros mismos (Maldonado, 2007: 31).

Walter Benjamin (1936) ya apuntó que la información –en este caso la sobreinformación– podía acabar con la transmisión de nuestras experiencias, y por lo tanto, con una forma específica de conocimiento.

Desde esta perspectiva, podemos entender también como un cambio en la escritura y, en consecuencia, en la forma de transmisión, almacenamiento y reproducción de nuestras experiencias supone también un cambio en nuestra forma de construir la memoria. De este modo, la memoria y el discurso que la reconstruye transforman no sólo sus estrategias argumentativas sino también sus funciones sociales.

Le Goff (1991: 149), al respecto, señalaba *que* “la memoria es la quinta operación de la retórica: después de la inventio (encontrar algo que decir), la dispositio (poner en orden lo que se ha encontrado), la elocutio (agregar como adorno palabras e imágenes), la actio (recitar el discurso como un actor con la dicción y los gestos) y finalmente la memoria (recurrir a la memoria)”.

Sin embargo, la escritura ya no sólo es gráfica sino también visual, auditiva y táctil. Ya no sólo existe una retórica en la palabra escrita o hablada, o incluso en la propia imagen (Barthes, 1982: 29-47), sino también en la escritura táctil. El tipo de pantalla, de dispositivo de lectura, de soporte... pero también de mensaje tendrá que tener en cuenta una nueva forma de retórica, la retórica de lo táctil.

Esta transformación, como es lógico, modificará nuestra propia concepción de los relatos sociales pero también nuestra memoria colectiva. Es decir, habremos de saber que dependiendo del

soporte –y puesto que siempre habrá una imagen que guarde la prueba– deberemos incidir en ciertos elementos de reconstrucción de la memoria colectiva.

En cierta forma el historiador del futuro tendrá que manejar conceptos y herramientas propias del periodismo, pero también del documentalista. Se distinguirá, en cualquier caso, por el modo de gestionar la información.

Al mismo tiempo, y en cuanto se refiere a la problemática de la *auctoritas* en las fuentes de información, el historiador deberá tener en cuenta que los documentos no sólo provendrán de vencedores o vencidos, sino también que la cuestión de la traducción modifica el discurso de los hechos.

Pero, y he ahí la diferencia, lo intraducible resultará ser –para el portador de información–, de un valor elevado. La seducción de la incomunicación propia de la sociedad actual deviene, en este sentido, un elemento clave de todo el proceso narrativo de reconstrucción histórica.

4. DE LA AGENDA SETTING A LA MEMORY SETTING

Desde un punto de vista mediático, parece haberse establecido una tendencia que señala que los *media* ya no tratan tanto de transformar la realidad sino más bien establecer una determinada visión de la misma⁵.

Una de las razones principales parece estar en la capacidad de las nuevas tecnologías de transformar *per se* el mensaje.⁶ La otra perspectiva señala que si bien las imágenes del presente pueden producir indiferencia, las imágenes del pasado –en cuanto que memoria colectiva; y por lo tanto, moral– reactualizan constantemente nuestros recuerdos y nuestras pasiones.

Además, y como señalábamos anteriormente, la grabación de nuestro relato vital forma parte de la narración de nuestras relaciones sociales. En cierta forma, el *estar juntos* y *posteriormente poder verlo* parece querer configurarse como una alternativa a la incapacidad para narrar nuestras experiencias.

Estas impresiones, sensaciones, recuerdos que configuran nuestra memoria colectiva y social ya no sólo forman parte del imaginario social

proporcionado por los medios electrónicos sino también del imaginario colectivo de una generación que sabe que ese acontecimiento quedará registrado electrónicamente, pero que quiere estar presente en el momento que tiene lugar.

Por lo tanto, quizás podamos afirmar que “los medios sí son capaces de decirnos cómo sentir, y no tanto las cuestiones sobre las que sentir”. De este modo, si las tecnologías transformaron nuestra manera de percibir, los *media* cambiaron la manera de tematizar la actualidad.

Desde el momento en que las capacidades técnicas permitieron la retransmisión en directo de los acontecimientos historia y memoria comenzaron a confundirse y la televisión se instituyó como un instrumento de reconciliación memorística (Dayan; Katz, 1995).

Eliseo Verón (2002: 195), ya apuntó esta idea señalando que “si la prensa es el lugar de una multiplicidad de modos de construcción, la radio sigue el acontecimiento y define el sonido, mientras que la televisión suministra las imágenes que quedarán en la memoria y asegurarán la homogeneización del imaginario social”.

En este sentido, muchos acontecimientos quedaban radicalmente transformados por la televisión, y a menudo se hacían irreconocibles para aquellos que asistieron a ellos en persona (Dayan; Katz, 1995: 68).

Pero en la actualidad, esta forma de recuerdo individual deja de ser temporal para devenir espacial. Dependiendo del tipo de acontecimiento, en el recuerdo, podrá haber una indeterminación en cuanto al calendario social o al espacio físico, pero no en relación al lugar en el que nos encontrábamos cuando el hecho histórico acaeció.

Una de las razones de esta transformación está en que ya no se trata tanto de tener en cuenta el medio de comunicación que nos transmita el acontecimiento sino de analizar el soporte tecnológico y el tipo de memoria que éste recrea.

5. EL RECONOCIMIENTO DEL ACONTECIMIENTO

Es necesario recordar, que “para los miembros de una generación, los acontecimientos son

puntos de referencia compartidos, aportan el sentido de un pasado común, tienden puentes entre la historia personal y la colectiva” (Dayan; Katz, 1995: 169).

En cierta forma, mientras que la memoria electrónica otorga una estabilidad a los sistemas sociales, la memoria humana se define por su capacidad para olvidar y, en cierto modo, para perdonar. Es decir, la discontinuidad narrativa nos permite transformar y reactualizar la idea de progreso.

Desde esta perspectiva, la memoria episódica en cuanto que memoria colectiva se sustenta en la comunicabilidad de experiencias evenemenciales. Sin embargo, este tipo de experiencias empezaron a quedar registradas en nuestro recuerdo en forma de imágenes y sonidos, y no sólo a través de la comunicabilidad de experiencias. Situación que modifica el discurso de las mismas y por lo tanto su propio relato.

Recordemos que en toda “teoría del acontecimiento, descrito como discontinuidad, como *coupure* o como “catástrofe”, cabe hablar de una temporalidad interna al mismo basada no en la cronología, sino en las teorías de la tensión o tensividad. Dicho de otro modo, en una teoría aspectual que permite distinguir el tiempo desde el punto de vista de la acción” (Lozano et al., 2008).

Si hasta hace poco sólo el tiempo y las consecuencias de los hechos acaecidos otorgaban el carácter de histórico a un acontecimiento mediático, en la actualidad y tras los atentados de Nueva York o Madrid, somos capaces de reconocer en ese mismo momento que allí estaba teniendo lugar un acontecimiento que por su magnitud, significación y relevancia podría ser considerado instantáneamente histórico.

Esta es quizá una de las consecuencias más importantes del cambio tecnológico antes descrito. Nosotros mismos, en cuanto que hemos modificado nuestro punto de vista como observadores, nos sentimos con las competencias adecuadas para juzgar un hecho y darle el estatuto de hecho histórico.

Por otra parte, y gracias a la semiótica de la cultura, sabemos que existe una tendencia discursiva a que “cualquier imprevisibilidad sea de un suceso (*faits divers*), como de un acontecimiento devengan normales, previstos,

explicados en un eje sintagmático, o lo que es lo mismo, en un relato narrativo(...) Se produce la transformación de algo casual -dominio de la explosión- en algo causal, inteligible, explicable, etc. en el seno de una narración” (Lozano et al., 2008).

Desde esta perspectiva, el relato de un acontecimiento consiste menos en una tarea informativa que en un papel ritual. Entre otras cosas, porque el periodista no cuenta con las informaciones necesarias -al estar viviéndolo en directo- para contar lo que “realmente” está ocurriendo.

En consecuencia, es el principio de causalidad el que deviene capaz de regir la narración y la producción de sentido, y dar una justificación a lo que a priori podría parecer casual. El acontecimiento, recordemos, barre todo su alrededor y lo demás lo resemantiza.

CONCLUSIONES

Puesto que la Historia del futuro ya siempre quedará registrada y las fuentes -que durante tanto tiempo fueron escasas- llegarán a ser prácticamente ilimitadas, parece claro que los discursos de poder se centrarán no tanto en intentar representar la realidad -puesto que podremos acudir a la fuente primaria para extraer nuestras propias conclusiones- como en visitar los errores que ese pasado generó.

Esta revisitación es uno de los desafíos de la tecnologización de la memoria y de la reconstrucción de cualquier memoria asociativa. No se trata sólo de distinguir la memoria de los discursos sino también de discernir entre nuestros recuerdos y el espacio simbólico que creamos en relación a ellos.

Una de las enseñanzas más importantes de los acontecimientos acaecidos en los últimos años está en que esta revisitación histórica sólo podrá ser hecha si antes ha sido juzgada por las instancias competentes. Por otra parte, dependiendo de si el acontecimiento es considerado un hecho puntual terminativo y no un hecho que busque generar toda una estructura futura, la capacidad del mismo para devenir histórico se multiplicará.

En cierta forma, en la medida en que un acontecimiento deviene durativo -en cuanto no se dé por cerrado y concluido- historia y discurso vendrán determinados tanto por los medios de comunicación como por las nuevas

tecnologías; y, probablemente, sólo se cerrará socialmente -en cuanto memoria colectiva- cuando ya no exista nadie que lo haya vivido en tiempo presente.

Resulta curiosa la paradoja. Si hasta no hace mucho los medios de comunicación sólo conseguían otorgar el carácter de histórico a un acontecimiento a través de las efemérides -en cierta sincronía con el papel investigador del historiador que buscaba la continuidad del acontecimiento en el pasado-; en la actualidad, y puesto que la rutina periodística actual se basa en la construcción permanente de acontecimientos mediáticos -puesto que en realidad los acontecimientos propiamente históricos son muy reducidos-, el objetivo de los medios ha pasado de ser el hacer de una *coupure*, de una *discontinuidad*, de una *parálisis* en el recorrido narrativo... un hecho noticioso, a convertirse en una estructura sin duración precisa; una estructura generada a partir de la discontinuidad, y que es capaz de prolongarse en el tiempo con el objetivo de devenir precisamente una construcción permanente de acontecimientos mediáticos.

Como conclusión podemos señalar que a los periódicos -no a sus periodistas- ya no les interesan tanto los acontecimientos históricos -por su limitación cuantitativa y temporal para explicar la actualidad- como las historias que éstos pueden generar. De este modo, el objetivo de los diarios es reconstruir la memoria colectiva no tanto a través del acontecimiento propiamente dicho, sino a partir de la estructura generada por las historias que todo acontecimiento crea.

Por lo tanto -desde un punto de vista periodístico-, si cualquier hecho noticioso está registrado y en una constante revisitación, podría parecer que una de las consecuencias más evidentes será la pérdida de relevancia del origen de los hechos.

Sin embargo, el periodista necesita de los acontecimientos para hacer de ellos una estructura coherente -de *longue durée*- de la actualidad que reduzca la complejidad de lo global.

¿Podrá, en cualquier caso, la nueva Historia Multimedia vivir sin historias?

BIBLIOGRAFÍA

- Barthes, R. (1982), "Retórica de la imagen", en *Lo Obvio y lo Obtuso*. Barcelona, Paidós, 29-47.
- Benjamin, W. (1991), "El narrador", en *Para una crítica de la violencia y otros Ensayos*. Madrid, Taurus.
- Cohen, B. C. (1963), *The press and Foreign Policy*. Princeton, Princeton University Press.
- Dayan, D.; Katz, E. (1995), *La historia en directo. La retransmisión televisiva de los acontecimientos*. Barcelona, Gustavo Gili.
- Derrida, J. (2005), *Surtout pas de journalistes*. París, Carnets L'Harne.
- Le Goff, J. (1991), *El orden de la memoria*. Barcelona, Paidós.
- McLuhan, M. (1987), *El medio es el mensaje*. Barcelona, Paidós.
- Maldonado, T. (2007), *Memoria y Conocimiento. Sobre los destinos del saber en la perspectiva digital*. Barcelona, Gedisa.
- Lotman, I. (1999), *Cultura y Explosión*. Barcelona, Gedisa.
- Lozano, J. et al. (2008), "11M: la construcción de un acontecimiento histórico", en *Actas del Congreso Internacional Fundacional de la Asociación Española de Investigación en Comunicación*. Universidad de Santiago de Compostela. Publicación en CD.
- Rousseau, J. J. (1993), *El contrato social*. Madrid, M.E. Editores.
- Verón, E. (2002), *Construir el acontecimiento*. Barcelona, Gedisa.

propios lectores en torno a qué temas debe pensar algo" (Cohen 1963: 13).

⁶ Marshall McLuhan (1987) será reconocido por el aforismo "el medio es el mensaje". Es decir, la forma determina e incluso anula el contenido del mensaje.

NOTAS

¹ Recordemos que la guerra, según los futuristas, suponía paradójicamente una forma de olvido aunque creador.

² De este modo, El DRAE en su primera acepción define la memoria como "facultad psíquica por medio de la cual se retiene y recuerda el pasado"; y en su séptima, como "dispositivo físico, generalmente electrónico, en el que se almacenan datos e instrucciones para recuperarlos y utilizarlos posteriormente".

³ Pensemos que en el futuro las biografías podrán tomar como fuente no sólo las grabaciones de nuestra vida cotidiana sino también nuestros correos electrónicos. De la misma forma que antes se hacía con las cartas pero multiplicado de forma exponencial.

⁴ Son ya muchas las empresas que utilizan Internet, y especialmente las redes sociales, para tener un perfil extralaboral de los candidatos.

⁵ La tradicional definición de agenda setting nos señala que si bien la prensa "no pueden conseguir la mayor parte del tiempo decir a la gente lo que debe pensar, es sorprendentemente capaz de decir a los